

GLOSARIO DE REVISTAS

Stalin, el hombre misterioso

En la publicación inglesa *The Fortnightly Review* publica G. Erwarton —número correspondiente al mes de Marzo último—un interesante artículo sobre el nuevo dictador de Rusia, José Stalin, ese hombre lleno de misterio que apenas sabe nadie ni de dónde viene, ni a dónde va, ni qué se propone en el gobierno dictatorial del viejo país de los Zares. Stalin es hoy una de las figuras políticas más discutidas de Europa, y hasta la fecha nadie hay que pueda gloriarse de haberle sacado de su hermetismo «enragé»; continúa siendo un verdadero enigma para los de fuera y aun para los de dentro del ex-imperio moscovita. Hoy por hoy, dentro de lo irregular de su posición en

el gobierno, su poder sólo puede compararse al de un Zar sin corona.

Muy pocos son, si es que hay alguno, los que están al cabo de las circunstancias que los elevaron a la encumbrada posición en que se encuentra, y puede afirmarse que el secreto de su apoteosis está en el mismo Stalin.

«Como quiera que ha logrado investirse las facultades de un verdadero dictador en Rusia, hay muchos que se preguntan qué cualidades son las de este hombre y hay quienes le atribuyen características descolantes y le juzgan un hombre extraordinario. Entre sus dotes prominentes estarían: una astucia política digna de Macchiavello, una voluntad enérgica e inflexible, un cerebro privilegiado y una personalidad de poderoso magnetismo,

cualidades todas dirigidas firme y avasalladoramente a la consecución de un fin: la realización de un programa de política exclusivamente personalista.»

Nadie sabe a ciencia cierta lo que pueda haber de verdad en estas apreciaciones. Los que conocen de cerca a Stalin seguramente opinan de muy diverso modo, pues agrega Erwarton:

«Su aspecto nada tiene de particular, nada hay en él que revele inteligencia, nada que demuestre una personalidad, no tiene ni siquiera presencia. La impresión que da es más bien la de un hombre tosco, de un plebeyo estúpido. Lo único digno de notarse en él son los ojos, unos ojos de color azul deslavado y pizarroso, unos ojos que jamás dejan asomar un rayo de inteligencia, sino que eternamente aparecen como dormidos, como muertos en su cara de morena y curtida tez. A primera vista no se ve en ellos más que una idiotez mansurrona, pero pronto la fijeza impertinente con que os miran, os da la clave del enigma. Stalin no os contempla a través de su mirada impenetrable, sino parapegado, por decirlo así, tras de esa mirada glacial, ocultándose tras ella, y pronto comprendéis que se trata de un hombre ladino, que oculta

sus pensamientos tras de aquella mirada hiriente e implacable.»

El escritor inglés sigue analizando el carácter de Stalin y dice más abajo: «Hasta en los momentos de conflictos y de excitación, Stalin aparece impertérrito, indiferente. Nada en él delata nunca la emoción. Nunca levanta la voz, es pausado y tranquilo en el hablar, no demuestra nunca entusiasmos ni iniciativas. Nada hay en él de la viveza y la expansión propias de la raza caucásica, nada de su excitabilidad ni de su locuacidad o viveza. Un desliz o una ofensa no los olvidará jamás y esperará pacientemente años enteros para vengarse. Hasta en su modo de andar, lento y pesado, demuestra lo que es en su interior, la idiosincrasia de su carácter. No está, sin embargo desprovisto de cierta tosca dignidad. La dignidad del patán sin educación, que no sabe lo que son nervios, que conoce su poder y que no se deja impresionar por los llamados cerebros de primera clase, que a veces encuentra en su camino.»

No cabe una pintura más minuciosa y exacta del gran dictador de todas las Rusias, el hombre a quien Lenin colocó en el puesto de secretario general del Partido Co-

munista juzgándole «un borrego adocenado» pero que resultó un cazurro redomado, uno de esos tontos que se meten en casa, como se dice en castellano. Erwarton hace a continuación en su artículo una relación de cómo este adocenado logró meterse en la política comunista hasta el punto de constituir un peligro para el partido y dice:

«Obsesionado con la idea de retener el poder supremo a toda costa y de ejercer la dictadura más absoluta de que hay memoria en la historia de los pueblos, Stalin sacrifica constantemente el prestigio y el programa del Partido Comunista, del que usa y abusa para sus propios designios. El hermético Sultán de Eurasia tiene astucia para servir sus propósitos personales y lo ha conseguido por medio de una nueva Guerra Santa, la guerra contra la inteligencia del universo. Podemos afirmar categóricamente que Stalin es hoy la representación genuina de la lucha entre la bestia primitiva y austera y el hombre civilizado.

«Stalin—prosigue diciendo Erwarton—es aun para aquéllos que están con él en continuo contacto político, una cifra desconocida. Desde la cumbre de su poder no irradiaba más que asombrosos des-

tellos de la más crasa ignorancia. Es un hombre que nunca ha leído nada. Demuestra una musulmana indiferencia por todas las cuestiones de interés general. Como torpe e inculto, tarda en tomar una resolución, que tiene que dar vueltas y más vueltas hasta ver si alcanza a comprenderla; pero una vez tomada una decisión, se ejecuta en el acto, sin dilaciones de ninguna especie. Por increíble que parezca, Stalin está completamente a oscuras en todas las cuestiones teóricas y doctrinales del partido comunista y hasta en los problemas diarios que en este terreno se suscitan.»

Y completando el cuadro, dándole los últimos toques, dice Erwarton:

«Stalin deja de ordinario la responsabilidad de sus resoluciones a sus colegas y subordinados. Con los primeros es en el Comité Central de la Oficina Política reservado y taciturno, deja que los demás discutan hasta que él llega a comprender algo de lo que se trata, pero llegado este caso, el amo hace restallar el látigo y su autoridad se impone. Con los subordinados es sencillamente impertinente y despótico y gusta hacer sentir sobre ellos el peso de su omnipotencia.»

¿Pero cómo, me preguntaréis, un hombre como éste,

sin historia pública, sin talento, sin cultura siquiera ha llegado al puesto que hoy ocupa y a tener en sus manos las riendas de un gobierno tiránico y cruel?

Erwarton, prosiguiendo en su concienzudo estudio del Zar sin corona, explica:

«Para penetrar en el secreto de cómo llegó Stalin al grado de poder que hoy tiene, hay que remontarse a los tiempos de Lenin, seis años ha, y al de los sucesores de éste, Kameneff y Zinovieff. Los tres se equivocaron respecto a la personalidad de Stalin, los tres juzgaron erróneamente su carácter y su lealtad. Antes de que la fatal enfermedad postrara a Lenin en el lecho del dolor, éste había elegido a Stalin para el cargo de Secretario del Partido Comunista juzgándole un «buey mansurrón», que seguiría tras la pica del carretero. Lenin se había equivocado y poco antes de morir, precisamente en una de sus últimas instrucciones al Partido Comunista, decía textualmente: «Stalin debe ser removido de su puesto de secretario general, pues de otro modo su cabeza de cerdo y su idiotez y su egoísmo pueden causar serias disensiones y más tarde graves conflictos.»

Murió Lenin. Kameneff y Zinovieff se incautaron del

poder del maestro (según creían ellos) y desobedeciendo las últimas órdenes de Lenin, no destituyeron a Stalin de su puesto de secretario general del Partido Comunista.

Stalin prosiguió su trabajo de zapa, prosiguió su labor de engrandecimiento personal a costa del partido mismo, dejó el puesto de secretario del Partido Comunista por el de Secretario del Departamento Político, puesto en que radica el control general de toda la máquina del partido, y desde entonces robustece su posición, se hace inexpugnable, se impone a Kameneff y Zinovieff que le habían llevado por debilidad al triunvirato de gobierno, logra imponerse a Trotzki, al que persigue implacablemente: en una palabra se hace el amo absoluto de esa vastísima región donde si un día imperó el despotismo de los Zares, cultos y nobles, impera hoy el de la ignorancia, la estupidez y la vileza.

¿Qué es lo que Stalin pretende hoy en el gobierno de su país? Nadie lo sabe. ¿Prenderá tal vez ejercitar su incontrarrestable influencia para retrotraer al país a una verdadera libertad democrática? ¿Querrá traer el dominio de los aldeanos en perjuicio de los mismos comunistas?

Nadie lo sabe. El, mientras tanto, se mantiene inmovible en el solio de su grandeza, sin dejar ni por un momento el timón de la nave del estado, ejerciendo una dictadura que depende hoy exclusivamente de su control sobre el partido comunista, esa máquina inventada e instalada por Lenin. Para mantener este control, Stalin debe demostrar que su fin primordial es el bien del partido, debe seguir una política de disimulo y de fingimiento como la que lleva, toda vez que lo único que preocupa y entusiasma al dictador no es el bien del Partido sino su propia conveniencia y su mantenimiento en el poder.

Lo único que a Stalin, con su escasez de penetración, no se le ha alcanzado es que cuanto más crezca él y cuanto más poderosa se haga su propia personalidad, más se debilita el partido; lo que él crece, a costa del partido ha de ser. He aquí el motivo de la ruda oposición que contra él desplegó Troztki. Stalin ha olvidado que en Rusia el partido comunista ocupa una posición semejante a la que ocuparía un ejército de ocupación en país extranjero y conquistado. Por esta razón el partidono está hoy tan vigoroso como antaño, por esta razón la máquina del partido comu-

nista y Stalin, su único timonel, son hoy más vulnerables que nunca, desde el día en que Lenin dejó de existir.—X.

Introducción al campo único de Einstein

«Hace poco más de un mes—dice la *Revista de Occidente* en su número de Febrero del presente año—el gran físico Alberto Einstein presentó a la Academia de Ciencias de Berlín una pequeña comunicación. Unas cuantas páginas con unas treinta y tantas fórmulas matemáticas. Era la nueva teoría del campo único.»

El objeto de la nueva teoría es el de unificar las leyes mecánicas gravitatorias tal como últimamente las había formulado Einstein y las leyes eléctricas de Maxwell.

Para dar a conocer a sus lectores acontecimiento de tan alta importancia, la *Revista de Occidente* solicitó de Einstein una aclaración sobre su nueva teoría y el genial físico respondió con un trabajo que puede ser considerado como una introducción a la teoría del campo único.

La cadena del descubrimiento: «Los físicos del siglo XIX admitieron la existencia de dos especies de materia; a saber: materia ponderable